

II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 1995.

Del Honor en Lord Jim Ensayo sobre Antropología del Honor.

▪

Pedro Mege.

Cita:

Pedro Mege. (1995). *Del Honor en Lord Jim Ensayo sobre Antropología del Honor. II Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ii.congreso.chileno.de.antropologia/39>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/e7nO/ZMR>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DEL HONOR EN LORD JIM

ENSAYO SOBRE ANTROPOLOGÍA DEL HONOR

Pedro Mege^[153]

Una temática olvidada, al menos postergada, y otra completamente ausente en nuestro medio: prácticas y simbolizaciones del honor. El honor, que se hace tan palpable por su *representación* constante en todas sus maneras, y que se nos presenta tan visible en su negociación permanente con la muerte, revistiéndose, enfrentada a ella, de su aspecto más fuerte. Además el honor es instrumentalizado por todas las sociedades, y muy especialmente por ciertos segmentos, en provecho de algunos y en desmedro de otros; en fin, que se vive magnífica o abyectamente a diario por todos.

Lo fundamental en todo esto es rescatar su intensidad como *acto social total*, como nos enseñó Marcel Mauss a tratar este tipo de objeto antropológico (1972:23-27). Pero no queremos aquí ilustrar al honor en toda su posibilidad, sólo lo queremos percibir a partir de su práctica individual en asociación a el acontecer de la vida social del sujeto, en su eventualidad en correlación directa a la vida de este sujeto *en su cultura*.

Los ejemplos etnográficos, próximos y lejanos, se pueden acumular en abundancia, muy especialmente, para nosotros, en el dominio de lo mapuche -desde Kalfülkan hasta los lonkos de hoy. Pero hemos querido partir por lo próximo, con nuestras semejanzas, para contar con un arsenal conceptual y un bosquejo de una metodología de una posible etnología del honor. Elegiremos, por simple predilección a literatura de Conrad como eje de nuestra exposición (nos parece especialmente provocativo iniciar una discusión antropológica apartar de una producción *fantástica*) para ilustra nuestras ideas, que por supuesto, corresponden a otros pensadores.

LA CONSTRUCCIÓN DEL HONOR

Soy quién soy
Calderón de la Barca

Extrayendo los fundamentos de la obra de Julian Pitt-Rivers, para no alargarnos en exceso sobre algo ya demasiado conocido, decimos siguiéndolo:

El honor es el valor de una persona para sí misma, pero también para la sociedad. Es su opinión sobre *su propio valor, su reclamación del orgullo, pero también es la aceptación de esa reclamación, su excelencia reconocida por la sociedad, su derecho al orgullo.* (79: 18)

El honor proporciona un nexo entre *los ideales de la sociedad y su reproducción del individuo mediante su aspiración a personificarlos* (1979:18).

Como tal, entraña no sólo una preferencia habitual por un modo de conducta determinado, sino *que también el derecho a determinado trato a cambio* (1979:18)

El derecho al orgullo es el derecho a la posición, y la posición se establece *mediante el reconocimiento de una identidad social determinada* (1979: 18)

[153] Fundación de Vida Rural, Pontificia Universidad Católica.

Esperamos haber demostrado que estamos enfrentado a un fenómeno *total y profundo*, de una muy especial complejidad. *Total*, porque atraviesa la cultura que lo soporta por medio de los sujetos que la transitan, y siempre está activado como principio; *profundo*, porque es parte constitutiva del *self*, como una construcción de la imaginación narcisista, como acto del imaginario, y como un *lugar ilusorio* del yo (Pichón Riviér, 1990), como delirio del yo. Lo que nos parece fundamental enfrentar es el juego reflejo que se genera dentro de la persona, dentro de su estructura del yo, y de esta persona en relación a la sociedad, lo que la sociedad se imagina de sus sujetos y; y estos, lo que son imaginariamente para esa sociedad.

La construcción del honor se fija en el *orgullo*, la parte perceptible del honor, que supone el *reconocimiento* que permite establecer un *trato* de intercambio entre sociedad y sujeto: el *don* del orgullo a cambio del don del reconocimiento. El intercambio de dones determina la posición del sujeto en la escala de la honorabilidad. Este don no se reduce a su expresión en lo económico, como lo ha demostrado Evelyn Hatch (1989: 341- 353), ya que, los bienes -para ser más precisos- pueden incluso confundir la determinación social de las identidades del específico honor del sujeto *en su* cultura.

¿Como fija la sociedad la especial construcción del honor que ha determinado para el sujeto de una manera reconocible?

Tanto las palabras como las acciones son significativas dentro del código del honor, porque *son expresiones de actitudes que reclaman, conceden o niegan el honor* (Ibid., 1979: 25)

Estamos hablando de una semiótica del honor, palabras y acciones que son signo dentro de un código de las identidades individuales y culturales, que poseen su *eficacia simbólica*, al ordenar los afectos de los sujetos en relación a un mito social, en este caso *el mito del héroe honorable* (Lévi-Strauss, 1970: 138-185). Al actuar el signo sobre el sujeto activamente, obligándolo a significar, a expresar, en una imagen del sí mismo para los otros. Por eso Lord Jim posee un complejo simbólico tan definido de lo honorable: "Era *intachablemente limpio, vestido de immaculado blanco desde los zapatos al sombrero*", simbología de la pureza; "his voice was deep, loud, and his manner displayed a kind of dogged self assertion wich had nothing aggressive in it", "always an example of devoción to duty, and as unflinching as a hero in a book": simbología de lo heroico. Todo lo anterior es el claro retrato de una simbolización prometeica. Las expresiones de Jim son las del honor, pero sólo al golpe de vista, el *problema* de su honor tiene que ver con su particular historia, su propio cuento, el que deberá relatar Marlow.

LA NOCIÓN DE HONOR PROFUNDO.

El honor profundo tiene que ver con la antropología del yo. Hablaremos del *self* en su sentido dinámico, como una constante de la *estructuración del yo*, que Freud establece en el ajuste del *Ich*, *Ideal Ich* y del *Ich-Ideal*, en relación a su configuración narcisista. Lacan nos despliega la especial relación del yo (*Ich*) en relación al *ideal del Yo (Ich - Ideal)*. Recordaremos que el ideal del yo es lo que este (el yo) proyecta delante de sí como su ideal a realizar. Todo dentro de un proceso de *idealización*, la formación del ideal del yo está en el plano imaginario (Lacan, 1992: 204).

"El ser humano sólo ve su forma realizada, total, el espejismo de sí mismo, fuera de sí mismo" (ibid: 213); "el otro que somos, está allí donde primero hemos visto a nuestro ego: fuera nuestro" (ibid: 212). Nace la idealización del yo de una *comparación* - de en una acción refleja con el otro- de diferentes *yos* que se observan mutuamente, circunscritos a contextos específicos de actuación (subculturas) en los que se *desenvuelven* los sujetos. "El *Ich- Ideal dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación imaginarias con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria*" (ibid: 214). Por eso Jim, se ve enventrado a lo que imagina como su yo honorable, como el ideal de su yo en términos de su actuación en el dominio del honor: su desenvolvimiento social.

Es así como el honor se define a partir de una constante autorregulación del *self*. Nace de una construcción personal muy íntima, de contraste entre el yo y su ideal del yo, desligada de la *realidad* (realidad como contexto socialmente construido, realidad socializada), idealizado, y *enfrentado* cotidianamente a la *realidad* de los otros, centrándose en el imaginario del sí mismo.

"La formación del ideal del yo aumenta las exigencias del yo" (Leclaire, en Lacan, 1992: 204). Jim se autoexige más que sus semejantes, los que ya están "adaptados a la perpetua paz del cielo y del mar de oriente", por lo eminente de su ideal del yo, el que ha sido, digámoslo así, doblemente idealizado, al saberse un yo vivencialmente irrealizable.

El honor supone una estabilidad fija, (una *gracia*, diría Julian Pitt-Rivers, 1992) ya que una alteración momentánea de este, en la historia del sujeto, supone, instantáneamente su perturbación plena. Una pérdida es aquí un daño, y supone la pérdida de la totalidad del honor. específicamente, del proyecto de realizaciones de honor del yo. Pérdida irreversible, definitiva, sin vuelta atrás, desvinculada de todo posible acontecimiento redentor, es la pérdida de una *gracia*.

En la tradición del yo honorable, el yo es heredado. El yo heredado es la pureza original del honor del *self*, Jim nace con un apellido, el que después no es mencionado más, o mejor dicho, que Jim silencia:

"Who are you? asked Jim at last, speaking in his usual voice. "Muy narpe 's Brown, " answered the other, loudly; "Captain Brown. What 's yours?" and Jim after a little pause went on quietly, as if he had not heard: "What made you come here?" "You want to know," said Brown bitterly. "It 's easy to tell. Hunger. And what made you?"

Brown sólo descubre un sobresalto en Jim como respuesta. Por despreciable que sea el Capitán, *tiene* nombre, incluso rango, y confiesa abiertamente que el hambre lo guía, una necesidad nada de honorable, pero que no lo obliga a callar. Jim a la pregunta de Bran de que lo ha traído a él a esas regiones, lo sobresalta y calla. Bran lo ha enfrentado a lo inconfesable: la fractura de su yo, a la constatación instantánea de que su ideal del yo se le ha hecho incapturable para su yo. El silencio en relación a lo que fue (con un apellido) y lo que es (evadido en Patusán) refleja la expresión muda de su debilidad constitutiva.

EVENTUALIDAD

La *eventualidad* en la que discurre el yo, esta determinada por la autoevaluación del *self*, en relación a su actuación social. La autoevaluación se configura por la imagen que le es proyecta por los otros en relación al desempeño del yo en *una* eventualidad culturalmente categorizada (ej.: cruel, violento, generoso, heroico, amoroso...).

Por eso Marlow es el que relata la historia de Jim, el relato de Marlow es esa imagen que devuelven los otros al yo de Jim. Como Jim se ha suprimido como ser social honorable para los otros, se ha silenciado, debe ser otro el que cuente su historia. El silencio de Jim presagia, o mejor dicho, simboliza a la *muerte social*, que en el dominio del honor y especialmente en Lord Jim, pasa necesariamente por la muerte de hecho.

La eventualidad es la desencadenadora de la problemática del honor, la que en este caso supone el *desenvolvimiento social* de Jim en relación a su ideal del yo, devuelta, reflejada por los otros.

La eventualidad es de por sí neutra, hasta que se hace problemática para el yo, hasta que se racionaliza. Alvin W. Gouldner nos habla de la racionalidad "como la capacidad para hacer problemático lo que hasta entonces se ha dado por supuesto, llevar a la reflexión lo que antes sólo era usado, (...), para examinar críticamente la vida que llévanos" (1978:77). La eventualidad del hundimiento del *Patna*, inaugura de manera contundente la reflexión del honor sobre *el sí mismo* para Jim. Se transforma en perturbadora, traumatizadora, fracturadora del yo: es la pérdida del valor del *self* en su *racionalidad*.

Suponen una *actuación pasiva*, símbolo del deshonor, una no acción, que en Jim se ejecuta como una *evasión*, al escapar con la tripulación del barco que se hunde lleno de pasajeros, "al principio se alegró Jim de que la noche hubiera tendido su velo evitándole ver la escena del hundimiento, y que luego hubiese sabido algo del mismo; pero al fin le pareció, sin embargo, que el no haber visto ni oído nada venía a ser el colmo de un horrible infortunio".

Conrad supone a la vida de todo sujeto, en el dominio del honor, a partir de una relación del evento y el deshonor. Relación determinada, por un lado, por una circunstancia que explicita toda la voluntad del sujeto partir del valor de sí mismo; y por el otro, por el deshonor que fija a la circunstancia en el self, como un *acto trágico*, que prefigura un acontecer a futuro, y en donde el devenir del self desde ese instante, es la antesala de una necesaria muerte anticipada, trágica, y tal vez violenta.

En definitiva, el drama del honor nace de dos factores, la *composición vulnerable del yo*, y la *eventualidad como ruptura entre la realización del yo y su ideal del yo*.

LA PERDIDA DEL HONOR PROFUNDO.

Hablaremos de *honor profundo* cuando nos referimos a un honor constitutivo del self, su daño, supondrá una tendencia permanente a la desestructuración, a una tensión (neurótica) del yo. El honor profundo no se resuelve en el éxito de la cotidianidad. No importa cuantos éxitos diarios se tengan, hay históricamente una fatalidad agazapada que cuando opera sobre el self, se actualiza por alguna circunstancia y se hace insalvable constituyéndose en el des-honor, que siempre será una des-gracia.

Jim, ¿Qué persigue? ¿De qué escapa? De algo de lo cual no se puede escapar, porque está en él, se alimenta de la incapacidad de la redención del yo, por la afirmación del Ich-Ideal. Fractura irreparable del yo: "realmente *había caído en un hoyo profundísimo del cual no saldría ya más; cayó desde una altura que no cabría escalar*".

Se produce aquí un proceso donde el deshonor genera una dialéctica del yo: el dialogo perpetuo del yo, *consciente*, con el evento irreversible que inauguró la pérdida progresiva del honor: por eso Jim posee "... *la aguda conciencia el honor perdido*". La imposibilidad de evadir el evento, o acto trágico, le entrega a este evento la *voluntad del self*. Es así como la utopía del yo queda irrealizada en la historia de Jim. Antes del evento trágico, cuando era un simple cadete, vivía su esperanza utópica y "*sentía en él, con renovada seguridad, el triunfante gozo de las mil aventuras que ávidamente soñaba y en las que habían de brillar las múltiples facetas de su valor personal*".

La *utopía personal* como la realización del ideal del honor, queda fuera del contexto de la inmediatez de las realizaciones de Jim, queda fuera de su eventualidad, de sus circunstancias. Nunca nadie puede saber las circunstancias a futuro, pero si se puede anticipar ciertos eventos con algún grado de certeza, por eso Jim persigue, viaja eternamente, otros contextos de realización del yo, a escenarios de acción para su honor dañado, en los cuales podrá, quizás, redimirse parcialmente.

Hay una realidad que encaja con una falla constitutiva del yo y se traduce en un evento de destrucción, de parálisis del self. Que no es nada más que la posibilidad de que el yo se aniquile para realizarse en su disolución. Es una realidad claramente perceptible por ciertas conciencias, donde ese evento se le transforma en necesario y rotundo, en una fijación. Jim espera la muerte, sabe que si tiene buena suerte podrá vivir poco, la vida que le sobra es el simple umbral de la nada, que llegará, ¡Por fin!

La *realidad* a perdido a Jim, porque su yo se ha extraviado en esa eventualidad. La *realidad* da la posibilidad de la falla del yo, ya que la falla nace en ella, parte de ella por medio del yo. Dialéctica aterradora, del evento y el yo, que descubre lo más íntimo de uno, lo más temido y aterrador del yo, su evidente verdad de debilidad. Porque la idealización del yo es un proceso de la imaginación, que configura un espacio imaginario del yo, que la misma imaginación puede destruir, si las cosas salen mal: "*la imaginación, la enemiga del hombre, la madre de todo terror*" nos enseña Joseph Conrad. Jim

sólo imaginó que era valiente, que merecía ese don, la gracia del honor. Cuando la imaginación aterrera al yo, violenta a la esperanza, traumatiza, disloca la utopía personal: "*That man there seemed to be aware of his hopeless difficulty*". Jim no puede esperar en calma, está prisionero de sí mismo en su error. La realidad, los eventos, sólo le darán el *piso* para que se realice la disolución progresiva de su ideal del yo, de su esperanza.

Su escape a Patusán es sólo un retraso de ciertos eventos que se desencadenarán obligadamente, a partir de la dialéctica del yo y de los eventos. El yo de Jim, recordemos, descansa a partir de una fractura, entre el yo y su ideal del yo; y los eventos se lo reconfirmarán. Patusán representa el espejismo del viaje redentor, en donde todo empezará de nuevo, es la pretensión imaginaria - nuevamente - que en un entorno extraordinariamente distante se rehará la sustancialidad del yo. Jim quiere olvidar que la historia viaja con uno.

Jim sabe que la posibilidad de la utopía ya no está en él, por eso escapa en busca de una utopía realizable, a larga distancia, escapando de sí mismo (de su contexto ontológico, en el sentido de su *memoria ontológica*, de que lo que es él), que es lo único que le impide la realización de su utopía: quiere volver a ser honorable frente a las circunstancias inpronosticables.

VERLIEBHHEIT, PRENDAMIENTO

"*El amor es un fenómeno que ocurre a nivel de lo imaginario*" (1992: 214) nos recuerda Lacan. Si en Lord Jim se genera el amor, y si se actualiza, debe ser en un contexto ultra-distante. Jim elige, para su realización, a un ser marginal (o marginado) dentro del ámbito del honor. Realizando su utopía del amor donde para él le sea posible, en un punto intermedio, diríamos, en una situación de la ambigüedad, donde lo rotundo que exige la utopía está abolido. Ya que, por un lado, su sujeto amoroso es una mujer mestiza, acercándola por este precepto a Jim, ya que este se ha automarginado de su cultura. Esta condición, a su vez, la aleja de su entorno inmediato, acentuándosele este distanciamiento por su particular ascendencia, al ser hija natural, sin apellido; acercándola nuevamente a Jim, él que ha borrado el suyo. Ambos, a su modo, están presos de la antiutopía del deshonor: ella por su destino, él por una fatalidad, diríamos, ambos por su particular eventualidad.

Jim esta sujeto sólo a sí mismo. Su soledad es *sin parentesco*, al igual que el de la mujer que se enamora, por eso, y de manera muy especial, lo anterior demuestra que Jim sólo puede amarse a sí mismo: "*en el amor se ama al propio yo, al propio yo realizado a nivel imaginario*" (Lacan, 1992:216). Pero como la vida de Jim es *irrealizable*, este se dirige a la muerte, la utopía a través de la muerte redentora.

La *tragedia* se nos presenta en Lord Jim como una forma de realización del ser en la negación. Frente a la muerte, muerte *en* el peligro, hay un exaltado dramatismo. Stein, el protector y amigo de Jim, tipifica a nuestro héroe en este sentido, describiéndolo con la siguiente expresión: "*Demasiado romántico, demasiado romántico*". Las palabras de Stein, vienen del otro lado, del lado *ordenado* - del lado anti-dramático, del lado positivista racional, del que acumula y clasifica sensaciones en un universo taxonómico. Por el contrario, para Jim no hay nada de "romántico", no hay pose, sólo hay desenlace, que por estar orientado necesariamente a una muerte escenificada, logra su transformación y realización en el drama. Recordemos la ejecución de nuestro héroe, rodeado de todo un pueblo frente al líder de este, en el centro del espacio ritual del poder.

La muerte es la prueba definitiva de *todo*, porque anula el núcleo del *self* de Jim, su yo desestructurado. Es una muerte total, nada ha quedado después de ella, porque se ha anulado el deshonor de un balazo. Desgraciadamente quedarán los recuerdos sobre Jim, a pesar de él, y estos vienen en la cabeza de los que lo quisieron, tan llenos de contradicciones, contrasentidos, desarmonías y plagados de silencios, que se constituyen en una memoria de angustia desesperante; la de Stein, para empezar, ("*ahora, en que ha dejado ya de existir, días hay en que la realidad de aquella vida pesa sobre mi ánimo con inmensa, abrumadora fuerza...*"), que le relata a Marlow la muerte de Jim: "*La multitud situada detrás de Jim, que se había apartado de él en cuanto Doramin alzó la mano, lanzóse tumultuo-*

samente hacia adelante en cuanto hubo sonado el disparo. Dicese entre ellos que el hombre blanco dirigió a derecha e izquierda, a todos aquellos rostros, una orgullosa e inflexible mirada. Luego, puesta la mano sobre los labios cayó de cara muerto. Y aquí termina todo..."

Conrad descubre la esencialidad de lo solitario, de la existencia solitaria, que básicamente se inaugura y define por un instante. Instante determinante, que es vector definitivo de la existencia, lanzándola en un sentido último e inalterable, donde la muerte inevitablemente asechará, para realizarse al fin. Es el instante del gran error, donde las circunstancias someten al individuo a una presión muy especial, lanzándolo contra lo más incierto de sí mismo.

LA PÉRDIDA DEL VALOR

Jim lucha permanentemente contra lo más incierto de sí, de su falta de "instinto de valor", de su falta de *valor*, nacida de su propia falta de seguridad, de un instante de *vacilación*, de su necesidad de ser reconocido por el *otro*. Esta seguridad se basaría en la posibilidad de generar frente a lo que más se quiere, una estrategia de la realización. De una realización plena, fundada en la autoafirmación - siempre socializada, implantada por los otros- en una perfecta armonización con el entorno cariñoso, muy especialmente, de una realización en el amor del otro, para el amor del otro.

Lucha determinada por el *autocontrol*, (en el control de la situación a partir de uno: ajuste del yo al ideal de yo), por la capacidad de anticipar toda la gama de las posibilidades de realización en plenitud. Lucha de precisión, entre el *querer ser* (imaginario del yo, utopía) y el *poder ser* (voluntad, estructuración del yo), en un marco (miedo - indecisión), donde inevitablemente, todo juega en contra del sujeto.

Jim está, así, capturado en un inmenso recorrido de la autoafirmación de su ser más íntimo, de lo que más ama de este, su valor. Se resiste a asumir la derrota definitiva, su *desgracia*, que siempre se le impone por circunstancias incontrolables, siempre excesivas, independientes de todos sus sentimientos y capacidades de realización. Entonces se refugia en la soledad, en su soledad, para salvar su gran amor, su propia imaginación en la idealización de su yo. Porque en el fondo, sólo puede salvar una imagen de su *self*: "*no tengo yo ya vida que salvar*", se declara a sí mismo.

Al final, soledad del *Ich* en el amor irrealizable, que germinó en la complementariedad de los deshones, definitivamente alejado de la caricia...en la desesperanza de su fatalidad irreductible (perdida del *Ich-Ideal*), "*abandona a su mujer llena de vida, para celebrar su implacable boda con un fantasma [reencuentro con su idealización]: el ideal de conducta que a sí mismo se trazó: el ideal de conducta que a sí mismo se trazó....*"...

REFERENCIAS

- Conrad, J. Lord Jim Everyman's Library. London., 1974.
Lord Jim Editorial Bruguera. Barcelona., 1981.
- Gouldner, A. W. La dialéctica de la ideología y la tecnología. Alianza Editorial. 1978, Madrid.
- Hatch, E. "Theories of Social Honor". En *American Anthropologist*, Vol. 91, 1989, # 2:341-353.
- Lacan, J. El Seminario. Los escritos técnicos de Freud, # 1. Edit. Paidós. Argentina., 1992.
- Lévi-Strauss, C. Antropología estructural EUDEBA, Buenos Aires., 1973.
- Mauss, M. Sociología y Antropología. Editorial Tecnos, Madrid., 1972.

Pichón Rivière, E. "Historia de la técnica de los grupos operativos". En **Ilusión 1990**, Grupal, 4, Edit. Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México.

Pitt-Rivers, J. **Antropología del honor** Editorial Grijalbo, Barcelona. 1979.

Pitt-Rivers, J. y J. G. Peristiany (eds). **Honor y Gracia** Alianza Editorial, Madrid. 1993.